



EN EL NOMBRE DEL PADRE

Por **LUIS JIMENEZ CLAVIJO**

SE cansó antes de ser viejo. Cuando nos cansamos, aunque estemos aquí, estamos muertos. O, dicho de otra forma, llegó a viejo antes de la edad reglamentaria.

Era el listo del pueblo y, como todos los listos de todos los pueblos, se fue a la capital. Tenía facilidad para muchas cosas que abandonaba siempre antes de llegar a perfeccionarse. Cantaba, tocaba el violín y la armónica, dibujaba; como poeta, lo que menos en serio se tomaba, fue donde llegó a hacer cosas más serias. Se ganó la vida —¿o se la perdió?— de muchas formas: charlatán, vendiendo productos extraños; payaso musical, en un triste circo por los pueblos tristes; de taxista, de cicerone —hablando mal dos o tres lenguas—, comparsa de películas... Llevó maletas y limpió zapatos. Estuvo en un sanatorio para enfermos mentales dos veces: una por llorar y otra por reír.

Siempre pareció feliz y nunca lo fue. Un día, cansado, solo y triste, falsificó sus documentos y consiguió entrar en un asilo para viejos.

En el asilo, el tío Juan era el amo. Allí encontró descanso y fue la alegría de unos hombres que sólo esperaban una cosa: la muerte. Pero él, con bastante frecuencia, los hacía olvidarse de aquella terrible espera sin esperanza. Cantaba, tocaba el violín, hacía el payaso y, a un par de vejetes con cierto nivel, les recitaba, sentados al sol en las mañanas de invierno, poesías calientes como pan recién sacado del horno.

Y esta nueva forma de vida —la vida de los viejos— lo rejuvenecía de una forma alarmante. Se dejó la barba, andaba encorvado y hablaba en viejo. Pero en sus olvidos se producían unos cambios de hombre acabado a hombre entero lleno de comicidad.

A veces sentía la tentación de abandonar el asilo. Era como si se hubiese olvidado algo fuera, en la vida. Pensándolo bien, no recordaba nada que mereciese más la pena que aquel sol de invierno, aquellas sopitas calientes y aquel acostarse al oscurecer.

La perdió en el pueblo el señorito del pueblo. Entre olivares, después de doce horas recogiendo aceitunas, sobre la tierra roja y húmeda. El señorito, magnánimo, arregló la cosa con cinco mil pesetas a su padre y otras tantas a ella. Se fue a la capital con aquella enorme suma de dinero.

Era monilla y se convirtió, sin grandes esfuerzos, en una mundana feliz. Y ganaba suficiente dinero con las gentes de dinero para pagar un amor que ella creía el más puro del mundo. Un hombre con mala suerte, que siempre andaba buscando trabajo para sacarla de aquella vida, pero que le sacaba a ella, entre tanto, para ir tirando.

Tenía mala suerte.

Y su amor puro seguía sin encontrar trabajo para sacarla de aquella vida. Y así pasaban los días, los meses...

Aquel niño volvió llorando del colegio. Un compañero le hizo ver claro lo que su pequeña alma se resistía a ver, pero que sin verlo lo llevaba dentro. Las horas de llegada de su madre, las dobles pisadas, y tantas otras cosas distintas en la vida de su madre comparada con las de sus amigos. Y su tío Antonio, el amor puro de su madre.

Ella le aseguraba continuamente la paternidad y le pedía, casi suplicante, que se casasen. El nunca se negaba rotundamente, pero siempre lo dejaba para

más adelante, para cuando encontrase trabajo.

Pero aquel día, el día en que su hijo lloraba sin consuelo, le pidió una respuesta terminante. El se marchó a buscar trabajo y no volvió.

Ya no era una mundana feliz. Su hijo no quiso volver a aquel colegio. En otro sucedió lo mismo, y en otro, y en otro...

Ya no era una mundana feliz. Todos sus esfuerzos y todos sus pensamientos convergían en un punto: darle nombre a su hijo, darle un padre, darle el nombre del padre.

Y no hablaba de otra cosa con sus compañeras. Había una —labios de corazón y flor en el pelo— que tuvo suerte. Llegó un hombre, se casó con ella y la sacó de aquella vida. Aquella vida que a Isabel no le resultaba ya tan divertida.

Un día hablaba Isabel, al borde de la desesperación, con una compañera. La compañera, vagamente, le hizo una revelación:

—Hay un asilo de viejos, pagas una cantidad y puedes conseguir... O te lo llevas a tu casa o lo dejas allí. Eso, como a ti te convenga. Si te lo llevas, pagas de una sola vez. Y si lo dejas en el asilo pagas por meses o por semanas. Ahora, que yo no sería la que iría a hablar con nadie para comprarle un viejo petate al contado o a plazos.

Y la compañera —cara de cera y pelo de estopa— soltó una carcajada de ocarina cascada.

Pero Isabel no reía. Pensaba para sus adentros:

—Esta no tiene un hijo sin el nombre del padre.

Desde que sostuvo aquella conversación en la barra de aquel bar casi céntrico, Isabel no pensaba en otra cosa. Si, ella trabajaría de firme y no desaprovecharía nada. Y, en cuanto reuniese suficiente dinero, compraría un viejo al contado.

Hacia sus planes: se lo presentaría a su hijo. Antes, le contaría una historia que tranquilizase su espíritu lleno de sospechas.

La historia era muy simple y un niño de ocho años la creería, porque en los niños, como en los hombres, los deseos de belleza son casi siempre más fuertes que el análisis frío y lógico de las cosas. Si no, ¿a dónde podrían agarrarse?

Le diría que ella se casó y que, al poco tiempo, su marido —tu padre, Miguelito— fue acusado, sin culpa, y condenado. En el sitio donde trabajaba se cometió un robo. El ladrón preparó las cosas de manera que todas las sospechas recayeran sobre su padre. Y, hasta ahora, tenía que andar escondido. Pero de un momento a otro se aclararía todo. Y su padre estaba a punto de venir.

—Todos los ruidos que sientes por la noche los hace él. Me tiene que visitar a escondidas. Cuando tú estás dormido, va a tu camita y, sin hacer ruido, te besa y llora.

Isabel no era ya una mundana feliz; era una madre llena de esperanzas.

Se arregló de mujer decente —de lo que ella se figuraba estar acorde con una

mujer decente y desgraciada— y se fue, llena de temores y esperanzas, al asilo de viejos.

Tomó un taxi. Por el camino, sin saber por qué, empezó a recordar al tonto del pueblo.

Joselito se le apareció, como un fantasma, a la luz de la luna, en una vereda entre olivares. Ella venía de verse y ser del señorito.

—Lo sé todo. Y ahora puedo casarme contigo.

Isabel, cuando se repuso del susto, se echó a reír.

—Sí, sí, sí. Yo cojo de limosnas y de mandados mucho. Mira: treinta y siete pesetas, de dos días.

A Joselito se le veía toda la encía superior, blanca. Debajo, los dientes, sucios. Y más abajo, la baba de los tontos de pueblo.

A poco de instalarse en la capital, Isabel recibió una carta de su madre. El «primer sabrás que» era para decirle que las cosas andaban muy mal en el pueblo y que si no podría mandarles algún dinero. El segundo «sabrás que» era para decirle lo mucho que la quería y lo mucho que lloraba por su ausencia. En el tercero le decía:

«Sabrás que murió Joselito, el tonto del pueblo. Desde que tú te fuiste, dicen que le dio por no comer.»

Isabel no estaba acostumbrada a ver el mundo tan temprano. Eran las nueve y media de la mañana. Todo estaba gris. El taxi, sin prisas, salía a las afueras. El taxista, que nunca había hecho aquel recorrido, paró un momento, en un puesto de periódicos, para preguntar. Unos niños jugaban a los bolos en la acera de albero. Dos niñas vestidas de azul, camisa blanca y corbata negra, corrían hacia el colegio. Las mujeres pobres iban a la compra. Sintió la agradable sensación de formar parte de un mundo que en aquellos momentos se le antojaba un amigo amable. Pero se sentía, a pesar de todo, responsable de la muerte del tonto, y esto le producía una sensación de pérdida irreparable.

Volvió a la realidad, mientras el taxista, parando, le decía:

—Aquí debe ser.
Un edificio oscuro y cuadrangular, de ladrillo sucio, se alzaba ante ella. Sintió un miedo enorme.

—Espéreme.
Llamó. Por una ventanita, como en un marco pequeño para un retrato, apareció una cara arrugada, soñolienta.

—Me han dicho...
La puerta se abrió.
—¿Qué desea?

—Me han dicho, bueno, me han dicho...
—Llamaré a la directora. ¿Viene usted a ver a alguien?

—No. A mí me han dicho que, bueno, que...
—Yo sólo estoy para abrir la puerta. Ya le contará usted todo eso a la directora.

Isabel se quedó sola en la sala de espera. Un incómodo banco de madera, una estera de esparto en el centro y las paredes desconchadas. En una de estas paredes, un cuadro oscuro de la Virgen del Carmen. Miró hacia el suelo y observó sus zapatos. Había sido un error ponerse aquellos con tantísimo tacón. Pero ya no tenía remedio.

Crujió despacio la puerta y apareció una sonrisa: detrás estaba la directora. Era de mediana edad y no tenía ningún rasgo peculiar, a no ser un bigote de chino que hacía su sonrisa un tanto amarga.

—¿Qué trae, hermana?

—Yo tengo un hijo y me han dicho, bueno, me han dicho...
—¿Es para llevárselo o para que sigamos nosotras cuidando de él?

—Para llevárselo a mi hijo.
—Ha venido usted en un mal momento.

Estos hombres no quieren cambiar ya de vida. Pero haremos todo lo posible por ayudarla, hermana. Y confiemos en la misericordia del Señor.

—Gracias, señora, muchas gracias.
—Venga pasado mañana a la misma hora. Para entonces espero poderle decir algo más concreto.

La directora se levantó y la acompañó hasta la puerta.

Isabel subió al taxi con menos temores y más esperanzas.

* * *

La directora se puso a pensar y decidió que el tío Juan podría servir para el caso. Además, no le acababa de gustar su forma de ser. Demasiado joven, no lo suficientemente desvalido para ser un sujeto cómodo dentro del asilo. Fue a buscarlo y lo llevó a su despacho.

El tío Juan tenía noticias del comercio de viejos que se traía entre manos la directora y no le agradaba la idea de convertirse en mercancía. Pero tenía miedo de que la directora supiese, a su vez, algo sobre la falsificación de sus documentos. Estaba en condiciones de inferioridad.

—Hay una pobre mujer —empezó sin rodeos la directora— que tuvo la desgracia de que la engañasen. Tiene un hijo sin padre. Entre todos podríamos ayudarla.

—No aceptaría de ninguna forma lo que me propone. Pero la curiosidad ha sido siempre mi mayor defecto. Quiero conocer a esa mujer; pero no le prometo nada de antemano.

—Sólo quiero que piense que su vida inútil se podría convertir en algo grandioso y que, además, saldría ganando.

Aunque la directora no sabía nada de sus irregularidades, el tío Juan adquirió la certeza contraria. Y pensó que siempre, en su vida, tenía que sucederle cosas imprevistas, contra las que no sabía ni había sabido nunca luchar.

—Yo no sé lo que es ganar ni perder.
—¿Cuándo la verá?

—Pasado mañana, alrededor de las nueve y media.

El tío Juan volvió con sus compañeros. Todos hablaban de la guerra de Cuba como si hubiesen estado allí, como si todos fuesen unos héroes. El único que había estado, callaba.

* * *

A Isabel se le hizo muy largo el tiempo. El tío Juan, en aquellos dos días,

exageró sus payasadas, tocó más el violín y recitó más poesías. Particularmente, aquella que decía:

La Canana.
Dos ojos negros, muy negros.
La piel negra y requemada por el sol,
la sal y el hambre.
La Canana.
¡Qué miedo me daba!
Más miedo tenía en sus huesos
y en su nombre,
La Canana.
¡Cómo gritaba y corría
la ropa de mar mojada!
La Canana pide pan
y le dan unas sandalias.
(Las señoritas pudientes
que decían que era muy mala
se han casado por dinero.
Ella se vendía por nada.)
Zapatitos de tacón,
lejos del mar,
La Canana.

Y el lunes, a las diez menos cuarto, Isabel y el tío Juan, después de ser presentados por la directora, se encontraban solos, frente a frente, en la sala de visita. Isabel llevaba unos zapatitos planos.

—¿Cómo es el niño?

—No es porque yo lo diga, pero Miguelito, aunque tiene la carilla triste, es un encanto de criatura —y, diciéndolo, sacó una fotografía de Primera Comunión que entregó al tío Juan. Miguelito estaba de pie, demasiado lejos de un reclinador en que el fotógrafo había colocado su mano con un libro de misa pequeño y blanco. Esaba vestido de marinero. En la otra mano tenía una vela rizada. El pelo liso sobre la frente y la mirada hacia arriba, creando un cielo lleno de padres santos.

—Bueno, no está mal. ¿Le molestará a los vecinos que yo toque el violín?

—¿Qué va! En el piso de abajo hay un profesor de piano.

—¿Da el sol en su piso?

—Casi todo el día.
El tío Juan pensó que no había hecho nunca en su vida nada de lo que se proponía. Sus deseos y sus actos nunca habían ido de acuerdo. Y lo empezó a invadir una ternura que rechazó, como siempre, de su corazón.

—Fije la ceremonia para cuándo guste. Y, ahora, déjeme en paz.

La directora, que había estado escu-

chando detrás de la puerta, se presentó con su sonrisa. Su sonrisa ocultaba en esta ocasión casi por completo sus bigotes de chino.

—¿Habéis terminado?
Los dos asintieron, mudos.

El tío Juan volvió con sus compañeros. En esta ocasión hablaban de proezas hercúleas. El tío Aguirre, que había sido campeón de boxeo en su tierra, callaba. Isabel y la directora se pusieron sin dificultad de acuerdo. La cosa no tenía importancia.

* * *

—Miguelito, hoy no irás al colegio. Te tengo preparada una sorpresa.

Isabel recogió al tío Juan en el asilo. Fueron directamente a la parroquia y se casaron. Desde allí se dirigieron al piso.

Unos chiquillos jugaban, alegres, entre los tristes charcos de un patio de otoño.

—¡Miguelito!
Miguelito se volvió al oír la voz de su madre. Pero no se acercó. Observaba al hombre que la acompañaba.

—Miguelito —dijo el tío Juan—, soy tu padre.

Se soltó del principio de abrazo en que lo había enlazado el tío Juan y se volvió corriendo hacia sus compañeros.

—¡Ha venido mi padre, ha venido mi padre!

Los chiquillos fueron rodeando al viejo. Les costó trabajo abrirse paso entre ellos para dirigirse al piso.

Miguelito preguntó:
—¿Por qué has tardado tanto? Mis amigos...

—He estado en América.
El niño se asomó a la ventana y gritó hacia el fondo del patio.

—¡Mi padre ha estado en América!
Volvió y siguió preguntando:

—El padre de Javier es carpintero, el de Jacinto, carnicero, el de Isidoro, chófer, el de Bernardo trabaja en el campo. ¿Tú qué eres?

—Yo también soy chófer.
Miguelito se asomó de nuevo a la ventana, gritando:

—¡Mi padre es chófer, como el de Isidoro!

Isabel preparaba la comida en la cocina y, con rabia, se llevaba el pico del delantal a los ojos.

En cuanto terminaron de comer, el niño corrió, escaleras abajo, hacia el patio. Allí se encontró a Juanito, cara de ratón con pecas.

—Ha venido mi padre.
—Tú no tienes padre.

—¡Papá!, ¡papá! ¡Asómame para que te vea Juanito.

El tío Juan hablaba con Isabel, mientras deshacía la maleta, de su futuro trabajo. Isabel tenía un conocido con varios taxis.

Se fue hacia la ventana seguido de Isabel. Miró hacia abajo, adoptando una postura de postal antigua y amarillenta. Empezó, como tantas otras veces, a invadirle la ternura. Y esta vez no pudo resistir la invasión. Experimentó una sensación nueva y descubrió, sorprendido, que el dejar ablandarse su corazón era la fuente de fortaleza que nunca había encontrado en su vida.

Miguelito, con una mano estirada sobre el hombro de Juanito y la mirada hacia arriba, le recordó su foto de Primera Comunión. Pero, ahora, los ojos del niño podían detenerse en un punto concreto, más cerca de la tierra.

(Ilustraciones de ARTURO MARTINEZ)

